



Guadalupe Pinzón Ríos y Carla Lois

“Bestiarios cartográficos. Criaturas del mar en los mapas de América (siglos XVI-XVII)”

p. 131-158

*El mar: percepciones, lectura y contextos
Una mirada cultural a los entornos marítimos*

Guadalupe Pinzón Ríos y Flor Trejo Rivera
(coordinadoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2015

412 p.

Cuadros, ilustraciones y gráficas

(Serie Historia General, 31)

ISBN UNAM: 978-607-02-6484-9

ISBN INAH: 978-607-484-652-2

Formato: PDF

Publicado: 23 de mayo de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/el_mar/percepciones.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

BESTIARIOS CARTOGRÁFICOS. CRIATURAS DEL MAR EN LOS MAPAS DE AMÉRICA (SIGLOS XVI-XVII)

GUADALUPE PINZÓN RÍOS

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

CARLA LOIS

Universidad Nacional La Plata
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

La relación entre la sensación y sus imágenes no es menos problemática que la relación entre las palabras y las cosas. Al contrario que en el siglo XVI, donde aún se puede ver con las palabras y hablar con las imágenes, el siglo XVII abre un hiato entre el lenguaje y el mundo. El historiador francés Michel Foucault trazó las líneas maestras de esa frontera y eligió un héroe literario como el primer personaje moderno: don Quijote. Es lo que tiene la Modernidad: sus protagonistas más egregios son seres imaginarios.

Moscoso, *Historia cultural del dolor*, p. 56.

Los enfoques que han dominado el estudio de los mapas históricos hasta hace dos o tres décadas han mostrado una particular sensibilidad para marcar —y en el mejor de los casos explicar— los “errores” o las distorsiones que los contornos y las localizaciones representados en mapas pasados acusan respecto de las geografías tal como se las conocen hoy en día. Concomitante a ello y abogando por la científicidad de las representaciones cartográficas, esos análisis han tendido también a expurgar de los mapas todos aquellos elementos que fueron interpretados como fantasiosos o irreales. En ese contexto debe comprenderse el hecho de que los monstruos que habitaron los mapas durante siglos hayan recibido relativamente poca atención y que, cuando la tuvieron, generalmente el interés

apenas se restringió a señalar que la *mirabilia* había sido ubicada en territorios e ínsulas lejanas respecto del mundo conocido. Por tanto, tampoco sorprende el hecho de que los monstruos hayan sido desanclados de la cartografía y reterritorializados en otros géneros literarios —y en otros campos del saber— que demostraron mayor receptibilidad para acoger a los seres maravillosos y a sus leyendas.¹

Al mismo tiempo, la teratología ha entablado diálogos más estrechos y fluidos con los estudios sobre los símbolos y los mitos que con las investigaciones sobre la historia de la ciencia moderna.² El bestiario, uno de los géneros más populares dedicados a catalogar monstruos, también ha sido tratado con similares matrices epistemológicas. Con buen tino, Ignacio Malaxecheverría puntualiza que, si en el pasado este género fue definido como “obra pseudocientífica moralizante sobre animales, existentes y fabulosos”, actualmente no pueden ignorarse los obstáculos que presenta una definición tan estrecha de bestiario, pues “‘seudocientífica’ supone un juicio de valor escudado en el concepto moderno de ciencia; ‘moralizante’ sólo define a ciertos bestiarios [...]; ‘existentes y fabulosos’ tampoco es totalmente exacto si no se precisa el segundo concepto, por la razón de que prácticamente a todas las bestias del *Physiologus* y sus traducciones, se les atribuyen propiedades ‘reales’ (al margen de los significados religiosos o eróticos) de las que carecen de hecho”.³

En los últimos años, los fenómenos naturales, los objetos y algunos seres humanos que habían sido descritos en términos de *naturalia*, *mirabilia* y *monstrousa*, y que la ciencia ilustrada había desterrado al limbo de lo irreal, han sido recuperados por diversos estudios culturales sobre la historia del pensamiento científico y de las formas

¹ Una de las excepciones más notables es el trabajo de Chet van Duzer quien ha destacado la figura de los monstruos en la cartografía, principalmente medieval y renacentista. Véase “Hic sunt dracones: The Geography and Cartography of Monsters”, en Asa Simon Mittman, *The Ashgate Research Companion to Monsters and the Monstrous*, Farnham, Inglaterra, Burlington, VT, Ashgate Variorum, 2012, p. 387-435. También *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Maps*, British Library, 2013 (en prensa).

² Para un estado de la cuestión de esta tradición historiográfica, véase María del Rosario Farga Mullor, *Monstruos y prodigios. El universo simbólico desde el Medievo a la Edad Moderna*, México, Universidad Iberoamericana-Puebla/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”/Consejería Cultural de la Embajada de España en México/Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, 2010 [2006], p. 380.

³ Ignacio Malaxecheverría, “Introducción”, en *Bestiario medieval*, España, Siruela, 1999 [2002], p. 22.

de conceptualizar la naturaleza, el medio físico, las prácticas científicas, el comercio de bienes culturales, el mercado asociado a la expansión europea de ultramar y las nociones de exotismo.⁴

Este trabajo propone trazar algunas conexiones entre la dimensión iconográfica de la fauna maravillosa de los mares y el lugar que le cupo a esas imágenes, tanto en la reflexión sobre las geografías del Nuevo Mundo como en la construcción de imaginarios modernos sobre el mar y sus criaturas. Se asume, en primer término, que el análisis de las transformaciones iconográficas de las criaturas que habitaron los océanos en los mapas del Nuevo Mundo permite identificar temas, estilos y figuras que remiten a experiencias culturales —ya sea la navegación, la administración de las costas y las rutas, la publicación de libros de ciencia o el coleccionismo y el comercio de especies exóticas—. Pero, además, se parte de aceptar que el repertorio de criaturas marinas se inscribe dentro de una cultura visual más amplia y forma parte una mirada colectiva sobre la cuestión del mar. No se trata de armar una vitrina de seres monstruosos, ni de clasificarlos según su existencia real o mítica; tampoco de sistematizar la totalidad de criaturas marinas representadas en la cosmografía de la expansión europea; más bien se busca comprender la transformación que sufrieron las criaturas representadas en los mapas y ensayar una interpretación posible para ese proceso.

El punto de partida de este trabajo es que el imaginario sobre la fauna maravillosa experimentó diversas transformaciones en el contexto de la intensificación de la navegación entre Europa y América desde inicios del siglo XVI. En esos derroteros, la organización sistemática de los saberes, el uso de imágenes en los libros de ciencias e incluso el interés del coleccionismo que comenzaba a tomar forma hacia fines del siglo XVII inspiraron nuevas identidades y renovados significados a un elenco de criaturas marinas.

⁴ Sureka Davies, “The Unlucky, the Bad and the Ugly; Categories of Monstrosity from the Renaissance to the Enlightenment”, en Asa Simon Mittman, *The Ashgate Research...*, p. 49-76; Karl Steel, “Centaur, Satyr, and Cynocephali: Medieval Scholarly Teratology and the Question of the Human”, en Asa Simon Mittman, *The Ashgate Research...*, p. 257-274; Eddy Stols, Werner Thomas y Johan Verberckmoes (ed.) *Naturalia, Mirabilia & Monstrousa en los imperios ibéricos*, Lovaina, Leuven University Press, 2006; Pamela Smith y Paula Findlen, *Merchants and Marvels. Science, Commerce, and Art in Early Modern Europe*, Nueva York-Londres, Routledge, 2002, p. 437. Sobre el rol del exotismo en la ciencia moderna, véase Brian Ogilvie, *The Science of describing. Natural History in Renaissance Europe*, Londres-Chicago, The University of Chicago Press, 2006, p. 229-231.

Por un lado, esas transformaciones implicaron nuevos perfiles estéticos —de la monstruosidad a la belleza—, morales —de la amenaza a la curiosidad— y ontológicos —de la encarnación del mar a objeto de ciencia—. Por otro lado, esas mutaciones significaron diversos desplazamientos: migraron hacia diferentes partes del mapa, pero también encontraron nuevos refugios en libros de ciencias y en museos. Así, podría decirse que entre los siglos XVI y XVII las criaturas marinas pasaron de ser pensadas como monstruos a encarnar la estética que tenían los ejemplares pasibles de ser objeto de estudios de las ciencias.

Esta indagación propone, entonces, una contestación a aquellas interpretaciones bien ancladas en la historiografía acerca del lugar marginal que los monstruos ocuparon tanto en la historia de la naturaleza como en la geografía conocida. Es cierto que, a medida que se intensificó la exploración de los océanos, las criaturas maravillosas se desplazaron hacia zonas más marginales:⁵ mientras que en la tardía Edad Media los monstruos podían habitar en la península oriental de Asia, bien lejos de la cristiandad,⁶ en la Modernidad temprana las criaturas marinas migraron también del Mar del Norte, o Atlántico, al Mar del Sur, o Pacífico (véase figura 1).⁷

Sin embargo, las criaturas maravillosas ocuparon un lugar central en la exploración de los mundos que los europeos se lanzaban a reconocer y, en ese sentido, encarnaron parte de los saberes y de los métodos de conocimiento que servían para explicar otros seres y otros fenómenos mejor conocidos por entonces. Además, como demuestra Paolo Vignolo, aunque los monstruos hayan sido desplazados hacia

⁵ Aunque la autora hace referencia a tierras míticas como la del Preste Juan, que incluso fue trasladada de lugar en mapas como el de Ortelius, esto también puede aplicarse a los seres que rodeaban esas tierras y que se representaron en los mapas. María Luisa Martín-Merás, *Cartografía marítima hispana. La imagen de América*, España, Lunwerg Editores/Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Centro Nacional de Información Geográfica/Ministerio de Industria y Energía/Ministerio de Educación y Ciencia, Consejo Superior de Investigación Científica, 1992, p. 235.

⁶ El *mappamundi* que ilustra el manuscrito manchesteriano *Commentary on the Apocalypse*, de Beatus, pintado hacia fines del siglo XII, está plagado de monstruos en el océano meridional, mientras que las partes del océano que rodean Europa están surcadas por barcos rojos. Chet van Duzer, “Sea Monsters on Medieval Maps as Indicators of Medieval Conceptions of the Ocean”, conferencia pronunciada en el panel *Theorising the Sea*, en la *Royal Geographical Society Annual International Conference*, Londres, 2 de septiembre 2010, p. 10.

⁷ Chet van Duzer, “Hic sunt dracones...”, p. 415-416.



Figura 1. Juan Jansonio, “America Noviter Delineata” del *Nuevo Atlas o Teatro de todo el mundo*, Amsterdam, H. 1653. Tomado de *Cartografía y relaciones históricas de Ultramar*, Madrid, Servicio Geográfico del Ejército, Servicio Histórico Militar, 1983, t. 1, s/p.

terrenos más alejados, siguieron cumpliendo con la función de acercar lo extraño —tanto en términos geográficos como intelectuales— hacia terrenos familiares y comprensibles.⁸ ¿De qué forma, entonces, las criaturas marinas fueron una caja de resonancia de los modos en que se hizo inteligible y representable la experiencia del mar?

La experiencia del mar, el terror y los monstruos en el contexto de los viajes europeos a América

Cuando hacia finales de la Edad Media las depresiones, crisis y epidemias hicieron que la vida en tierra fuera dura e incierta, cientos

⁸ Paolo Vignolo, *Cannibali, giganti e selvaggi. Creature mostruose del Nuovo Mondo*, Milán, Bruno Mondadori, 2009, p. 192.

de europeos se lanzaron a la búsqueda de nuevos horizontes más allá del Mar Tenebroso.⁹ En esos contextos, una densa red de informaciones, creencias, tradiciones e imágenes que daban forma a los imaginarios sobre el mar se pusieron en acción como parte de las prácticas asociadas a la navegación. No se trataba solamente de visiones aterradoras: el mar ha sabido encarnar tanto esperanzas como temores. Las connotaciones positivas estuvieron asociadas, en gran medida, a la posibilidad que el mar ofrecía de proveer alimentos u otros recursos. A su vez, esas apreciaciones convivían con otras, apoyadas en fuentes clásicas tales como la *Historia Natural* de Plinio, que afirmaban que el mar era la “parte más salvaje de la naturaleza”¹⁰ y que hacían creer que daba refugio a seres terroríficos que devorarían a los hombres que osaran internarse en sus dominios. El mar había sido el escenario donde algunos héroes de la Antigüedad, como Ulises, enfrentaron peligros colosales y llevaron a cabo sus hazañas, aunque en la mayoría de los casos las aguas no eran el destino final de un viaje, sino el medio para alcanzar otros destinos luego de azarosas travesías.¹¹ Esas aventuras incluían el encuentro con criaturas maravillosas tales como las sirenas.

Para configurar la morfología de los seres marítimos se asumía que las aguas estaban habitadas por seres híbridos o bien por ciertas variaciones de las criaturas terrestres pero adaptadas al medio acuático. Así, podían encontrarse leones marinos, caballos, vacas, jabalíes, elefantes o caracoles pues, como indicaba Plinio, todo ser terrestre tenía su homólogo en el mar.¹² Los rasgos a veces se combinaban con otros, tales como el tamaño exagerado de la cria-

⁹ John Parry, *El descubrimiento del mar*, trad. de Jordi Beltrán, México, Grijalbo, 1989, p. 106; Pablo Emilio Pérez-Mallaína, *Los hombres del mar oceano. Vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1992, p. 33; Martha de Jarmy, *La expansión española hacia la América y el océano Pacífico*, 2 v., México, Fontamara, 1988, v. 2, p. 33-34; Carla Lois, “Cartographical Imagination: The Geographical Configuration of the Atlantic World”, en William O’Reilly (ed.), *The Atlantic World: 1400-1800*, Londres, Routledge (en prensa).

¹⁰ Citado en Chet van Duzer, “Hic sunt dracones...”, p. 417.

¹¹ Paulo Lopes, *O medo do mar nos descobrimentos. Representações do fantástico e dos medos marinhos no final da Idade Média*, Lisboa, Tribuna, 2009, p. 24; Alain Corbin, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*, trad. de Danielle Lacascade, Madrid, Biblioteca Mondadori, 1993, p. 25.

¹² Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, trad. de Julio Rodríguez Puértolas, España, Akal, 1986, p. 262-264; Karl Steel, “Centauris, Satyrs...”, p. 259.

tura o la atribución de poderes mágicos. De alguna manera, su monstruosidad radicaba en su “falta de normalidad”, es decir, que al estar fuera de la norma incursionaba en el exceso¹³ o, dicho de otro modo, el hecho de que desafiaran los límites de la “naturaleza conocida” era lo que los hacía monstruosos y peligrosos.

Durante la Edad Media circularon interpretaciones de la Biblia que contribuyeron a instalar imágenes reducidas y simplificadas de ese “ ‘Gran Abismo’, lugar de insondables misterios, masa líquida sin puntos de referencia, imagen de lo infinito, lo inasible”.¹⁴ En ese contexto, el mar adquirió nuevos sentidos cuando el imaginario cristiano lo dotó de otras connotaciones negativas: el mar fue integrado a relatos bíblicos que lo ligaron al Génesis, al Diluvio y al Apocalipsis, al mismo tiempo que la tierra se volvió el sitio donde Dios ubicó el Paraíso y la residencia del hombre —y el límite del ecúmene eran las aguas que lo rodeaban. Por su parte, los océanos se convirtieron en la morada del dragón de siete cabezas, criatura que en cuanto saliera del medio marino marcaría el inicio del fin de la humanidad.¹⁵ De esa manera, el mar se transformó en la frontera del albedrío humano, un lugar cuyo acceso quedaría vedado al hombre y cuya guardia quedaría franqueada por seres tan terroríficos que únicamente las fuerzas celestiales podrían hacerles frente, tal como la Biblia lo indicaba: “En aquel día el Señor visitará con su espada dura, grande, fuerte, al Leviatán, la fugaz serpiente, al Leviatán, la serpiente sinuosa, y dará muerte al monstruo que anida en el mar.”¹⁶

Todas estas tradiciones emergieron —a veces de maneras eclécticas— durante los tiempos de la expansión europea de ultramar. Por ejemplo, los tritones en carros tirados por caballos de mar fueron ubicados en los mismos mares que transitaban las embarcaciones

¹³ Paulo Lopes, *O medo do mar...*, p. 218.

¹⁴ Alain Corbin, *El territorio...*, p. 12.

¹⁵ Paulo Lopes, *O medo do mar...*, p. 28-29; Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, versión castellana de Mario Armiño, España, Taurus, 2005 [1989], p. 53; Alain Corbin, *El territorio del vacío...*, p. 18; Christiane Villan-Gandossi, “En la Edad Media, el dominio del miedo”, en Alain Corbin y Hélène Richard (dirs.), *El mar terror y fascinación*, trad. de Agustín López Tobajas *et al.*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 71-72.

¹⁶ *Sagrada Biblia*, trad. de Agustín Magaña, México, Ediciones Paulina, 1978, p. 581. Al respecto, Van Duzer habla de cómo el monstruo que rodeaba la tierra generalmente era la representación del Leviatán; por tanto, la orilla de la tierra era el límite ante “El monstruo marino. Chet van Duzer, “Hic sunt dracones...”, p. 419.

en los mapas de los siglos XVI y XVII, e incluso se les llegó a situar en torno al territorio americano. Los tritones —ya representados en la Antigüedad, aunque en ese entonces no tenían una connotación necesariamente negativa porque eran considerados guías de almas y de deidades— podían estar emparentados con criaturas parecidas a ellos, llamados *pístrix*, dotados de una imagen más “dragonésca” y que, por tanto, eran relacionados con el mal. El caballo de mar también fue popular porque se le asignaban dones curativos, de modo que su imagen había sido retomada en clave benigna durante la Edad Media.¹⁷

La encarnadura de los seres maravillosos funcionaba como estrategia para sobrellevar y mitigar los temores que se cernían sobre el océano: dar forma, nombre y atributos a esas criaturas servía, también, para asignarles un lugar en la práctica de la navegación y, por ejemplo, recurrir a estos seres para planear medidas diversas orientadas a evitar que las embarcaciones sufrieran la ira de los océanos y de sus habitantes.¹⁸ Existen múltiples referencias sobre las prácticas rituales de las tripulaciones en narraciones de viaje. Por ejemplo, para enfrentarse a los temporales los marinos berberiscos acostumbraban cortar a la mitad carneros y exponerlos en los costados de las naves como una especie de sacrificio que evitaría que fueran atacados por monstruos marinos.¹⁹ En ocasiones, las descripciones sobre las criaturas acuáticas aparecieron también en los mapas como elementos asociados a las prácticas y las estrategias de la navegación. Ejemplo de ello es la representación hecha sobre el *Spouter* en el norte de Europa: se trataba de una criatura que absorbía agua por los tubos de su cabeza y luego se elevaban por encima de los barcos para arrojarla sobre ellos. Se creía que los navegantes podían conjurar esos maleficios si, con el objetivo de entretener y disuadir a las fieras, echaban por la borda toneles vacíos (véase figura 2).

¹⁷ Louis Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*, 2 v., trad. de Francesc Gutiérrez, España, Liberduplex, 1997, v. 2, p. 662-663.

¹⁸ De hecho Van Duzer explica que la representación de monstruos en la cartografía también tenía el fin de lograr un plausible control pues al “conocer” su ubicación y posibles características los viajeros ya tendrían ciertos conocimientos cuando incursionaran en aquellos lares. Chet van Duzer, “Hic sunt dracones...”, p. 389.

¹⁹ Jean Delumeau, *El miedo en Occidente...*, p. 61.



Figura 2. *Carte de la Nouvelle France* (1732), Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Colección del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (en adelante IPGH), MH-V1-24-IPGH-0-A

Aunque esta posibilidad de poder protegerse de los monstruos parece haber sido más bien una excepción, existen otros antecedentes: en el célebre Atlas Catalán realizado en el taller de la familia Cresques (1375), se observa un par de criaturas dentadas alejándose de hombres desnudos que parecen nadar en el golfo Pérsico; una leyenda explica que esos y otros buscadores de perlas usaban palabras mágicas para ahuyentar monstruos marinos mientras se internaban a bucear en las profundidades del mar. Chet van Duzer sugiere que la fuente de esta leyenda se remonta al relato del Milione de Marco Polo (ca. 1254-1324).²⁰

Las prácticas cristianas también concentraron sus esfuerzos en combatir los temores existentes en torno al medio marino. Como se llegó a pensar que los pecados cometidos causaban los sufrimientos en el mar, se recurría a la intervención divina para pedir la

²⁰ Chet van Duzer, "Sea Monsters...", p. 6.

protección de las embarcaciones ante la amenaza de que el mar y los seres que ahí residían las devoraran. Por ello, portugueses y españoles solían sumergir reliquias en las entrañas del mar con la intención de apaciguar a las criaturas ahí existentes.²¹ De este modo describía Antonio de Ciudad Real, en el siglo XVI, la apreciación de las reliquias en ocasión de un viaje que estuvo a punto de naufragar: “[...] y en medio de tan grande angustia y tribulación, vio que un religioso se quitó del cuello un *Agnus Dei* guarnecido en acero, para echarlo en el mar, por ser reliquia tan principal y estimada, y de tanto valor para semejantes peligros”.²²

Los itinerarios de circulación de los grabados y las ilustraciones de seres maravillosos sugieren que se trataba de una imaginaria muy extendida, que trasvasaba ampliamente más allá del mundo de la navegación.²³ En los ámbitos culturales europeos circulaban diversos géneros de libros que se abocaban a catalogar a la naturaleza, entre ellos los herbolarios y los bestiarios, donde los seres fantásticos tuvieron su nicho propio dentro de los saberes de la época —a veces anclando su tradición en las autoridades clásicas, en las explicaciones de los antiguos e incluso en referencias bíblicas—.²⁴ Sin duda el amplio alcance de este imaginario no puede explicarse cabalmente

²¹ Los peligros que se cernían en el medio marino hacían que el hombre temiera no únicamente a la muerte, sino también al destino de su alma. El mar era el lugar marginal y “poco natural”, pues que no aseguraba el reposo y la sepultura, algo que no se sabía cómo afectaría al momento del Juicio Final y la Resurrección. Por ello fue tan importante que como parte de las rutinas navales se incluyeran rezos, confesiones y hasta testamentos. Sobre este tema véase Paulo Lopes, *O medo do mar...*, p. 50; Jean Delumeau, *El miedo en Occidente...*, p. 66; Christiane Villan-Gandossi, “En la Edad Media...”, p. 74; Alain Corbin, *El territorio del vacío...*, p. 19.

²² Antonio de Ciudad Real (1551-1617) fue un franciscano con la misión de ir a Nueva España a realizar una visita a los conventos de la Provincia del Santo Evangelio. Resultado de su viaje fue el *Tratado curioso y docto de las grandezas de Nueva España*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, v. 2, p. 298.

²³ Daniel J. Boorstin, *Los descubridores*, v. 3, trad. de Susana Lijtmaer, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1986, v. 2, p. 413; Peter Burke, *Visto y no visto. Uso de la imagen como documento histórico*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2005 [2001], p. 21-22; *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, México, Taurus, 2008 [2002], 52-53.

²⁴ Daniel J. Boorstin, *Los descubridores...*, v. 2, p. 406; José Manuel Azevedo, “As Ilhas Afortunadas e o Atlântico greco-romano, na visao de Leonardo Torriani”, en Francisco de Oliveira et al., *Mar Greco-Latino*, Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2006, p. 384-385.

sin tener en cuenta el impacto de la imprenta y el desarrollo de la cultura impresa en Europa sobre la ampliación de la producción, reproducción y circulación de imágenes.²⁵ En particular para explicar la continuidad de los monstruos marinos en los mapas hay que recapitular que la Europa del siglo XVI se deleitaba con las crónicas de plantas y animales exóticos de las Indias, así como con las historias de audaces navegantes que enfrentaban diversos peligros. En ese contexto, algunos expedicionarios exageraban sus experiencias o bien sus editores e ilustradores se encargaban de recrear imágenes que impactaran visualmente, como hizo Theodoro de Bry al ilustrar pasajes de las narraciones hechas sobre territorios y mares americanos para enfatizar sus posición crítica respecto de las políticas españolas en el Nuevo Mundo y, también, para aumentar la popularidad de las obras que editaba.²⁶

Esas motivaciones ideológicas, e incluso editoriales, que han contribuido a la pervivencia de las criaturas maravillosas parecen haberse combinado convenientemente, a su vez, con algunas otras razones más prosaicas. En uno de los mapas más influyentes del Renacimiento, la *Carta Marina* de Olaus Magnus de 1539, aparecen monstruos que atacan barcos y una serpiente marina gigante que alcanza a comerse miembros de la tripulación. Chet van Duzer comenta que la superpoblación de monstruos que habita este mapa parece haber tenido la intención de atemorizar y alejar a los pescadores de otras naciones con el objetivo de preservar las riquezas pesqueras del Atlántico Norte para los escandinavos.²⁷ Esta práctica no parece ser del todo aislada pues, según explica Surekha Davis, las representaciones de monstruos fueron usadas con fines propa-

²⁵ Elizabeth Eisenstein, *The printing press as an agent of change*, Cambridge University Press, 1997 [1979]. Por su parte, Davies menciona que la historia de los monstruos entre el Renacimiento y la Ilustración es en esencia una historia de interpretaciones y discusiones entre diferentes grupos, lo que hace pensar en que su clasificación se llevaba a cabo. Véase Surekha Davies, “The Unlucky...”, p. 57.

²⁶ Los grabados que Theodore de Bry publicó en su *Americae* —editada en entregas desde la segunda mitad del XVI— robustecieron notablemente el estereotipo de los indios americanos como canibales y salvajes, generalizando una visión extremadamente eurocéntrica al respecto. Sobre este personaje y su trabajo puede verse lo que John Elliot dice en el prólogo de Teodoro de Bry, *América (1590-1634)*, ed. de Gereon Sievernich, trad. de Adán Kovacsics, España, Ediciones Siruela, 1992, p. 7-13. Sobre el tema también puede verse Paulo Lopes, *O medo do mar...*, p. 237.

²⁷ Chet van Duzer, “Sea Monsters...”, p. 5.

gandísticos, generalmente de desacreditación.²⁸ Sin embargo, dado que los cartógrafos utilizaban un arsenal de recursos gráficos para representar las geografías de sus mapas, es necesario ser cuidadosos respecto de atribuir intencionalidades o sentidos muy específicos a los monstruos cartografiados: del mismo modo que desde los tiempos medievales la cartografía inscribía seres maravillosos que combinaban morfologías típicamente terrestres con otras acuáticas como uno de los modos de expresar ciertas teorías respecto del balance y la articulación entre tierras y aguas, también es cierto que muchos cartógrafos inventaban maravillas predominantemente movidos por fines estéticos, sin ningún respaldo cosmográfico, ni bíblico, ni literario, ni económico —como el centauro con cola de pez con el añadido de patas de pájaro, que Abraham Ortelius pone en su hoja de Escandinavia en el atlas de 1570, el cual no tiene ninguna fuente de información escrita que permita rastrear su génesis.²⁹

Es posible que el aumento de las navegaciones permitiera que algunas de las criaturas marítimas paulatinamente perdieran su “monstruosidad”, pero ello no fue suficiente para hacerlas desaparecer del todo. El hecho de que algunos expedicionarios y conquistadores afirmaran haber visto las míticas criaturas dificultaba todavía más la posibilidad de que se les olvidara o dejaran de ser representadas. Por otro lado, además había navegantes que aseguraban haber visto nuevos entes aunque para describirlos recurrían a la comparación con otros ya existentes, no obstante que fueran terrestres. Ése fue el caso de Jacques Cartier, quien al transitar por el estrecho de San Lorenzo (1534) hizo mención de unas criaturas que por sus colmillos en la boca tenían similitud con los elefantes.³⁰ También el inglés Job Horton, durante su viaje a Nueva España, refirió la existencia de diversos peces monstruosos marinos, como tiburones que podían devorar a los hombres, caballos marinos capaces de voltear

²⁸ Sureka Davies, “The Unlucky...”, p. 53.

²⁹ Chet van Duzer, “Sea Monsters...”, p. 3.

³⁰ “Around this isla [Brion] there are several great beasts like great cattle. They have two teeth in their mouths, like elephants, and they go into the water”. La relación de Cartier quedó sin editar, aunque se hizo referencia a ella cuando fue publicada la colección de viajes de Ramusio (1544). Al respecto, véase Brian Ogilvie, *The Science of describing...*, p. 233.

embarcaciones o hipopótamos con la proporción de un caballo.³¹ A las quimeras de la fantasía medieval se añadían ahora las criaturas reales cuyas noticias se difundían con cada viaje procedente de las Américas.³² Efectivamente, hay que reconocer que, si bien se suele oponer la fuente de los clásicos a la experiencia “en primera persona” del viajero, esa experiencia empírica tardó mucho en deshacerse de marcos interpretativos que llevaban a buscar —y hasta a encontrar— seres maravillosos. No hay que suponer que hubo un abandono lineal del imaginario maravilloso, como si éste se hubiera visto destronado por la observación directa. De hecho, la pervivencia del elenco de criaturas que siguieron habitando los mapas no puede explicarse solamente por la ignorancia de esos tiempos o por la inercia de las fantasías clásicas. Lorraine Daston y Katherine Park incluso han puesto en cuestión un esquema interpretativo que propusieron en trabajos más tempranos y afirmaron con argumentos convincentes que no ha habido una evolución lineal que, partiendo de una concepción de los monstruos como criaturas fuera del orden natural —o prodigios con resonancias religiosas—, hubieran seguido sucesivas transformaciones para primero hacer mutar a los prodigios en maravillas naturales —fuentes de admiración, disfrute y placer— y posteriormente en objetos de observación científica en el siglo XVII. En lugar de sostener que hubo un proceso lineal hacia la racionalización y naturalización —es decir, la explicación de las maravillas por las causas naturales que les darían origen—, las autoras proponen una superposición compleja de todas estas concepciones, con la consecuente variedad de emociones —sorpresa, fascinación, horror, repugnancia— que podían provocar.³³

Habría más bien que encuadrar estas representaciones en un horizonte de expectativas: esas criaturas que no habían sido antes vistas eran seres verosímiles, proyectados a partir de mundos concebidos como posibles. Por lo tanto, el desafío no consiste únicamente en establecer la medida precisa de la distancia entre la representación y lo real, sino que se desplaza hacia la búsqueda de los fundamentos

³¹ Tomado de Lourdes de Ita, *Viajeros isabelinos en la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, p. 184-185.

³² Daniel J. Boorstin, *Los descubridores...*, v. 2, p. 412-413.

³³ Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order of Nature*, Nueva York, Zone Books, 1998, p. 176.

de las condiciones de verosimilitud que dieron forma y visibilidad a las criaturas maravillosas. El caso de André Thevet puede echar luz sobre lo que aquí entendemos por verosímil: aunque Thevet sostiene que al escribir su *Singularités de la France Antarctique* (1558) ha procurado atenerse a los que pudo “ver y conocer” durante sus viajes, las maravillas monstruosas pueblan sus páginas. Sobre la inoperancia del discernimiento real/irreal con el que solía juzgarse este tipo de afirmaciones, Junia Furtado propone pensar que Thevet admite y reconoce la existencia de estos seres monstruosos en tanto “criaturas naturalizadas incluidas en el orden de las cosas conocidas y reales (ya sean animales, vegetales o seres humanos) y que encuentran ciertas correspondencias en el espacio europeo y no en el reino de lo mitológico”.³⁴ Incluso nos recuerda que Thevet dijo que los “monstruos eran seres diseñados por la naturaleza, aprobados por los filósofos y confirmados por la experiencia.”³⁵ De modo similar, en las narraciones de los viajes hechos por las costas de la California, la figura de la sirena o del tritón fue retomada en el siglo XVI cuando los navegantes se encontraron con manatíes en esas aguas y su figura les recordó a dichos seres (véase figura 3).

En efecto, las criaturas marinas convivieron durante mucho tiempo con las exploraciones en los mares en torno al Nuevo Mundo. Aparecieron todavía tanto en narraciones como en mapas porque continuaron siendo verosímiles. Esa verosimilitud no se apoyaba sólo en la pervivencia de los clásicos, sino se reforzaba en los modos en que la experiencia empírica era procesada: en tanto la observación de los fenómenos de la naturaleza no aportara un cúmulo de datos cuantitativamente abrumador que apuntara *directamente contra* las geografías esperadas, esos seres no serán concebidos fuera del mundo real o posible.³⁶ Esta suerte de empirismo, en la que el dato de la experiencia no estaba necesariamente conectado con principios teóricos o explicativos, anticipaba un debate que se daría más tarde, cuando los juristas y los historiadores, por un lado,

³⁴ Junia Furtado, “Le merveilleux, le monstueux et le singulier dans la cosmographie de la terre d’André Thevet”, en Eddy Stols, Werner Thomas y Johan Verberckmoes (ed.) *Naturalia, Mirabilia...*, p. 393.

³⁵ Citado en Junia Furtado, “Le merveilleux...”, p. 201.

³⁶ C. Lois, *Plus Ultra Equinoctialem. El ‘descubrimiento’ del hemisferio sur en mapas y libros de ciencia en el Renacimiento*, tesis de doctorado, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2008, p. 378, dos anexos.

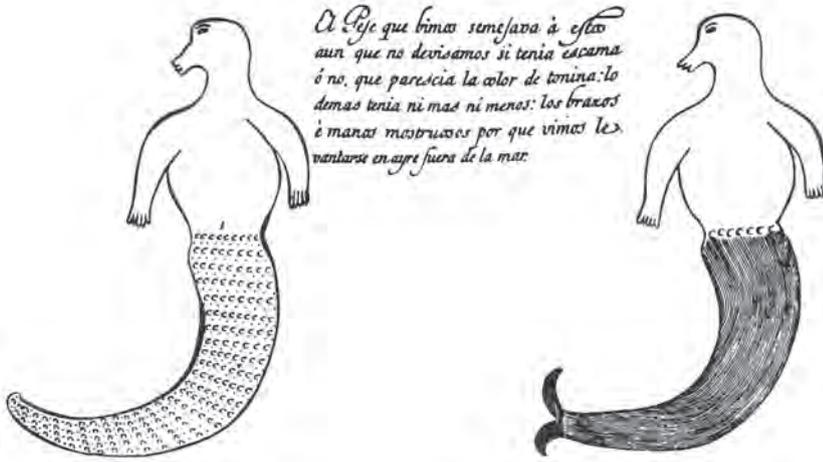


Figura 3. Este dibujo fue hecho durante la segunda expedición encargada por Hernán Cortés en las costas californianas (1533-1534) y que iba a cargo de Hernando de Grijalva. Tomado de José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 674

se opondrían a los matemáticos y a los filósofos, por el otro, en relación con el valor de la “prueba”: de naturalezas apologéticas para los primeros, de carácter meramente demostrativo para los segundos; la posibilidad de dar testimonio sobre los monstruos afectaría el nicho donde podrían alojarse.³⁷ En esa matriz epistemológica es que se interpretaban las cuestiones empíricas: en ocasiones, las grandes dimensiones de animales tales como las ballenas eran el símbolo de su monstruosidad y seguían generando temor en los navegantes³⁸ y, por ejemplo, en los mapas se usaron todavía imágenes de dichos cetáceos en distintas partes de los océanos —eventualmente con el agregado de algunos rasgos fantásticos (véase figura 4).

³⁷ “Para las ciencias”, escribía el jurista francés Jean Domat en su tratado sobre la ley civil hacia fines del siglo XVII, ‘las pruebas consisten en relacionar verdades, tal como se encadenan unas a otras. Pero en los hechos [faits] que podrían tanto ocurrir como no, que dependen de causas naturales cuyos efectos son inciertos, no es seguro que uno pueda saber ni puede uno apoyarse en principios inmutables para saber qué pasó’. Ante la falta de principios y demostraciones, los juristas y los naturalistas que confiaban en los hechos tenían que volver a la percepción, la memoria, los relatos de oídas y la observación —todo ello, fuentes de verdad que resultaban notablemente poco confiables”. Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order...*, p. 237.

³⁸ Paulo Lopes, *O medo do mar...*, p. 236-237.



Figura 4. Joan Blaeus (selección, prefacio e introducción de 1665), *Atlas Maior*, introd. y textos de Peter van der Krogt, Italia, Taschen, 2005, p. 540-541

Por eso es interesante examinar cómo fue que, conforme las navegaciones al Nuevo Mundo se hicieron regulares, también tomó forma una nueva manera de “experimentar la naturaleza”³⁹ y, en ese contexto, los seres marítimos maravillosos comenzaron a sufrir una transformación paulatina. Aunque los naturalistas de la época —tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo— se mostraban escépticos respecto de gran parte de las afirmaciones existentes en la obra de Plinio y de otros antiguos, la catarata de descubrimientos que los *savants* acumularon en los primeros tiempos de exploración tuvieron el efecto de ampliar los límites de esa credibilidad: las realidades, que resultaban mucho más sorprendentes que muchas ficciones de su tiempo, desafiaron los límites de la imaginación y tuvieron el

³⁹ Antonio Barrera-Osorio, *Experiencing Nature. The Spanish American Empire and the early scientific revolution*, Austin, The University of Texas Press, 2006, p. 211.

efecto de hacer que muchas cosas que hasta poco antes podían haber resultado increíbles, resultaran de pronto verosímiles. Y allí había que asignar nuevos lugares a las maravillas.

La objetivación del monstruo desde las ciencias y los viajes científicos

A contrapelo de lo que suele afirmarse, la Modernidad temprana no sólo no ha expulsado los monstruos hacia los márgenes sino que, por el contrario, más bien parece haberlos llevado al centro. En 1575, Cornelius Gemma, profesor de medicina en Lovaina, afirmaba que “no es necesario ir al Nuevo Mundo para encontrar seres de este tipo [sátiros, andróginos, ictófagos, esciópodos, cíclopes, etcétera]; la mayoría de ellos y todavía otros más aterradores todavía pueden ser encontrados aquí y están entre nosotros.”⁴⁰ Esta nueva centralidad tiene que ver, sin duda, con el desplazamiento ontológico que han vivido estas criaturas: desde ser concebidas como *praeter naturam* —fuera o más allá del curso de la naturaleza— hasta transformarse en maravillas que, por anomalías diversas —e incluso cuando se desconocieran sus causas—, ocupaban un lugar a definir en el reino de las criaturas.

En ese contexto, pese a las imágenes monstruosas que los hombres pudieran ver en las criaturas marinas, la convivencia con ellos también les hizo apreciar la utilidad que podrían tener. Es decir, pese a que su aspecto fuera “desagradable”, o al menos sospechoso debido a su naturaleza poco conocida, de todas formas esas criaturas podían reportar algunas utilidades. Así se ve con la narración sobre el viaje de Thomas Cavendish,⁴¹ quien al llevar a cabo su circunnavegación transitó por las costas del Pacífico americano en 1587 y en ellas encontró lobos marinos. Así describió de Bry la experiencia de Cavendish:

Cuando seguía Tomás Cavendish el derrotero que lo haría circunnavegar el mundo todo, llegó en una ínsula entre otras muchas donde encontró grande número de becerros marinos de extraordinario y espantoso tamaño. Tienen en lo que a la parte anterior respecta cabeza, cuello y

⁴⁰ Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order...*, p 175.

⁴¹ Navegante que siguiendo los pasos de Francis Drake logró ser el segundo inglés en realizar el viaje de circunnavegación.

medio cuerpo, y pelos largos y enortijados como la melena de un león. Engendran sus crías una vez al mes y las atetan con su leche. Sólo pudimos matarlos a palos, con que les destrozábamos la cabeza, y bastante tenían tres o cuatro de los nuestros con ocuparse de uno dellos hasta reducirlo y matarlo. Son buenos para comer y cuasi se parece el sabor de su carne a la del cordero o de la ternera.⁴²

Aunque “las razas monstruosas quizás fueran inventadas para ilustrar las teorías en torno a la influencia del clima, dándose por supuesto que las gentes que vivían en lugares demasiado fríos o demasiado calurosos no podían ser plenamente humanas”, tal vez resulte operativo considerar esas imágenes no sólo pura invención sino también ejemplo de los modos en que los europeos percibían la alteridad y las formas en que objetivaron la monstruosidad, a través del filtro de los saberes sobre la naturaleza.⁴³ “Las curiosidades se transforman en objetos de ciencia”, sostiene Bogliolo Bruna respecto de las prácticas de coleccionismo en los gabinetes de curiosidades del Quinientos y el acopio de *mirabilia* de los territorios americanos.⁴⁴ La longevidad del basilisco da cuenta de esta transformación: de orígenes mitológicos, este ser ha sabido encarnar nuevas especies verosímiles en libros de serpientes o bien ha llegado a ser incluido en catálogos de museos.⁴⁵ Luego, tras la observación metódica y sistemática de sus

⁴² Teodoro de Bry, *América (1590-1634)*, ed. de Gereon Sievernich, trad. de Adán Kovacsics, Madrid, Ediciones Siruela, 1992, p. 264.

⁴³ Peter Burke, *Visto y no visto...*, p. 160.

⁴⁴ Giulia Bogliolo Bruna, “De la merveille à la curiosité. La preception du *Théâtre de la Nature universelle* chez les voyageurs, marchands et savants italiens de la Renaissance”, en Eddy Stols, Werner Thomas y Johan Verberckmoes (ed.) *Naturalia, Mirabilia...*, p. 27.

⁴⁵ En *Natural History of Serpents* (1657), Joannes Jonstonius utilizó las imágenes de monstruos provenientes de la obra de Aldrovandi y anotó: “Está formado a partir de un raya, tal como se puede apreciar en esta imagen. Preservado en el museo de Bologna”. Hacia 1622, conocedores de basiliscos habían incluido esa misma imagen dragonesca en el catálogo del Museo Calzolari, escrito por Benedetto Ceruti y Andrea Chiocco, dos físicos veroneses. Ceruti advertía a los lectores: “Ustedes deben saber que se han descubierto errores en nuestra nomenclatura, esto no es ni un basilisco ni un dragón, sino un pez marino —con forma de raya, evidentemente— llevado a esta forma por la mano de un artesano. E invitaba a los lectores a admirar cómo los monstruos de Calzolari, “exhibidos para ser vistos”, imitaban la forma del basilisco. El basilisco de Calzolari pronto suplantaría las ilustraciones de Aldrovandi como la ilustración canónica de un objeto que existió, incluso cuando el animal propiamente dicho nunca existió. Brian Ogilvie, *The Science of describing...*, p. 313-315. También, Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order...*, p. 148-154.

partes, mutó a especies de peces. Según Ogilvie, la larga sobrevida del basilisco puede ser comprendida sólo si se restablecen los vínculos entre ciencia y arte en la modernidad temprana.⁴⁶

En las imágenes de las Indias aportadas por cosmógrafos, etnógrafos, geógrafos, médicos, entre otros, los monstruos comenzaron a abandonar las tierras y parecieron comenzar a recluirse en las inmensidades oceánicas: los dibujos de seres marinos continuaron tanto en los inventarios de los animales acuáticos como en los mapas, incluso mucho tiempo después de que hubieran ido dejando lugar a los topónimos y también a los grandes manchones blancos que serían progresivamente rellenados con datos mensurables sobre la topografía.⁴⁷

Como señala Marie-Noëlle Bourguet acerca de los catálogos de la naturaleza asociados a las prácticas de los viajes y de las colecciones en tiempos de la Ilustración, el impacto de las concepciones de la filosofía natural alcanzaban la banalización y la desacralización del mundo: se suponía que si había leyes de la naturaleza, ellas debían poder dar cuenta de todos los fenómenos, incluso de aquéllos más singulares. Desde esa perspectiva, muchos hechos, creencias y leyendas fueron privados de su estatus sobrenatural, extraordinario o divino del que habían gozado hasta entonces para ser sometidos a un tratamiento de corte empirista.⁴⁸

En el contexto de la proliferación de historias naturales también surgieron historias de la naturaleza en las que se planteaba el origen del planeta y el papel que el mar tuvo en el proceso. Ése fue el caso de Benoît de Maillet (1656-1738), quien en su obra *Telliamed* hizo hincapié en el análisis de los fósiles como estrategia para indagar el origen de la Tierra. En relación con los temas que exploramos en el presente trabajo, esta cuestión era relevante porque, dado que la superficie terrestre estuvo cubierta por el mar durante tiempos geológicos anteriores, la disminución del nivel de las aguas habría

⁴⁶ Brian Ogilvie, *The Science of describing...*, p. 311-318.

⁴⁷ Françoise Péron, "Monstruos y maravillas del mar", en Alain Corbain y Hélène Richard, *El mar. Terror y fascinación*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2005 [2004], p. 125-127.

⁴⁸ Marie-Noëlle Bourguet, "Voyage, collecte, collections. Le catalogue de la nature (fin 17e début 19e siècles)", en Danielle Lecoq y Antoine Chambard (coord.), *Terre à découvrir, terres à parcourir. Exploration et connaissance du monde XIIe-XIXe siècles*, París, L'Harmattan, 1998, p. 185-207.

permitido la existencia de regiones con presencia de peces, así como de fósiles marinos en diversas zonas del planeta.⁴⁹ Además, la necesidad de clasificar la flora y la fauna impuso nuevos criterios para el ordenamiento de los registros —ya sea de los que dejaron anteriores estudiosos o bien de otros nuevos que eran acopiados a ritmos cada vez más acelerados— a través de la observación en el campo.⁵⁰ Es posible que entre ellos se incluyera aún la presencia de seres fantásticos y que por eso tanto en diarios de viaje como en obras de historia de los nuevos territorios aparecieran referencias sobre criaturas tales como tritones, culebras, peces, sirenas o manatíes. Por ejemplo, Marco Antonio Urdapilleta hizo una recopilación de criaturas americanas, tanto de mar como de tierra y a partir de distintas obras de los siglos XVI y XVII, cuyo título fue *Bestiario de Indias por el muy reverendo fray Rodrigo de Macuspana*.⁵¹

Lo anterior explica que incluso Linnaeus (Lineo) haya incluido una nueva categoría para los seres monstruosos: en uno de los intentos más tempranos por diferenciar “científicamente” a cada raza humana según el color de la piel, estableció cuatro especímenes que se correspondían con los continentes: “Europaeus albus, Americanus rubescens, Asiaticus fuscus, Africanus niger”. En la décima edición (1758), Linnaeus modificó sus categorías y agregó hombres salvajes y monstruos —a quienes no les adscribió color alguno—. James Drake sugiere que Linnaeus y sus seguidores encontraron en algo que ya existía —este modelo para sistematizar la geografía a partir de la clasificación de las tierras emergidas según continentes— un modo de resignificarlo de manera que también sirviera para clasificar la naturaleza humana.⁵²

Hacia el siglo XVII, cuando las maravillas habían dejado de ser rarezas para entrar a formar parte del orden de la naturaleza, la gente que se dedicaba a investigar sobre las maravillas ya no perte-

⁴⁹ Claudine Cohen, *Science, libertinage et clandestinité à l'aube des lumières. Le transformisme de Telliamed*, París, Presses Universitaires de France, 2011, p. 1-4.

⁵⁰ Elizabeth Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, traducción de Fernando Jesús Bouza, Madrid, Akal Ediciones, 1994, p. 191.

⁵¹ Rodrigo Macuspana, *Bestiario de Indias*, antología de Marco Antonio Urdapilleta, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2001.

⁵² James Drake, “Appropriating a Continent: Geographical Categories, Scientific Metaphors, and the Construction of Nationalism in British North America and Mexico”, *Journal of World History*, University of Hawaii Press, v. 15, n. 3, septiembre, 2004, p. 323-357.

neecía sólo a un reducido grupo de filósofos naturales —como había primado en el Medievo—, sino también incluía a físicos, médicos, nobles, profesores universitarios, jesuitas, hombres ilustrados o miembros de las academias de ciencias. Las maravillas no eran sólo descritas con palabras y con imágenes; además se las coleccionaba en gabinetes de curiosidades.⁵³

Así, mientras que en los mapas medievales los monstruos marinos solían ser híbridos que combinaban formas de animales terrestres con otras correspondientes a animales acuáticos,⁵⁴ hacia el siglo XVII comienza a hacerse más clara y definitiva la escisión entre las propiedades de cada tipo de hábitat —acuático y terrestre— y, a partir de ello, entre los tipos de seres que allí podían habitar. Además, el conocimiento que se adquiría de las criaturas marinas eliminó paulatinamente sus rasgos más monstruosos, aberrantes o aterradores, y permitió que se les describiera de una forma más empírica e incluso que se hiciera referencia a sus dones o utilidad.⁵⁵ Esta transformación en cierta forma se debió a un nuevo modo de observar a dichos seres y a las nuevas maneras de clasificarlos. Los bestiarios fueron realojados en enciclopedias.

De monstruosidad a belleza: la estética de la ciencia

Como ya se hizo mención, la avalancha de información que recibió Europa sobre el Nuevo Mundo hizo necesario que los intelectuales de la época revisaran las formas, las prácticas y los criterios para clasificar la información. Lo anterior se hizo en gran medida a partir de libros, relatos de viajeros, folletos de noticias, así como de grabados y dibujos del entorno natural visitado. A partir de esos documentos surgieron colecciones y gabinetes de curiosidades, monstruos y criaturas híbridas, que generalmente se exponían como forma de entretenimiento aunque también contaron con la participación

⁵³ Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order...*, p. 219.

⁵⁴ Van Duzer señala que un ejemplar manuscrito en latín de la *Geografía* de Ptolomeo (ca. 1455-60) tiene una cantidad significativa de monstruos marinos. Remarca que en el norte de España hay un león marino —mitad león y mitad pez— y que en el Océano Índico hay varios perros marinos con colas largas, conejos marinos y cerdos también. Chet van Duzer, “Sea Monsters...”, p. 1.

⁵⁵ Sureka Davies, “The Unlucky...”, p. 60.

activa de estudiosos y naturalistas, incluso de las reales sociedades que comenzaban a multiplicarse en el siglo XVII.⁵⁶ Además, las enciclopedias, al retomar la tradición de Plinio, intentaron ordenar y actualizar el conocimiento que se tenía sobre los seres vivos. Un ejemplo de ello es la *Historiae animalium* (1551-1621) de Conrad Gesner, obra que en sus cinco volúmenes incluyó todos los animales a los que hacían referencia tanto las autoridades antiguas como las modernas. La obra, aunque cuestionó los relatos de monstruos, continuó con la información acerca de ellos retomando las tradiciones clásicas. El trabajo de Gesner sirvió, a su vez, de fuente para otras obras, como las de Edward Topsell, *Historie of Four-Footed Beastes* (1607) e *Historie of Serpents* (1608), donde se describieron los animales de todo el mundo, incluso los de los nuevos territorios.⁵⁷ Hubo, además, escritos más especializados que estudiaron a mayor detalle los animales que vivían en aguas del Mediterráneo o cerca de ellas —solían hacer hincapié en los cetáceos—. Uno de ellos, *La nature & diversité des poissons* de Pierre Belon (1551), no desechó la reproducción de monstruos tales como el pez monje o el pez obispo, recuperados de Gesner.⁵⁸ No obstante, Belon procuró ubicarlos en un hábitat que explicara su morfología e intentó apoyarse en descripciones extraídas de las expediciones.

Las representaciones de las criaturas marinas eliminaron paulatinamente algunas de las características que con anterioridad las hacían malévolas. Así sucedió, por ejemplo, con las alas o aletas: en la imaginería monstruosa las aletas no solían ser de plumas sino que eran más bien membranosas y eso remitía a la idea de perversión adscrita a animales infernales tales como basiliscos, dragones y sirenas.⁵⁹ Así entonces, las criaturas marítimas se metamorfosearon hasta que las aletas pasaron a formar parte de su anatomía y dejaron de funcionar como un símbolo de su monstruosidad. También la imagen “dragonésca” de criaturas como las ballenas, que remitía a seres infernales como antes se mencionó, paulatinamente dio lugar a seres menos terroríficos (ver figura 5).

⁵⁶ Sureka Davies, “The Unlucky...” p. 73.

⁵⁷ Allen G. Debus, *El hombre y la naturaleza en el Renacimiento*, trad. de Sergio Lugo Rendón, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 76-79.

⁵⁸ Allen G. Debus, *El hombre y la naturaleza...*, p. 81-82.

⁵⁹ Louis Charbonneau-Lassay, *El bestiario...*, v. 2, p. 732-737.

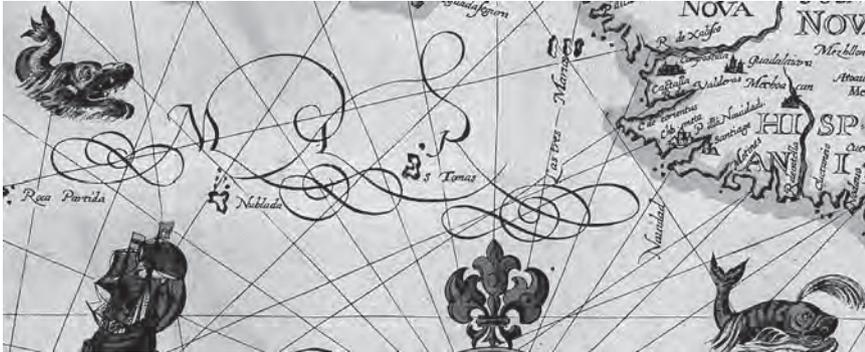


Figura 5. *Nova et recte terrarum et regnorum Californiae, Novae Hispaniae Mexicanae et Peruviae*, Benjamin Wright, 1616 (extracto). Colección del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, MH-VI-21-IPGH-0-A

Las nuevas clasificaciones permitieron una novedosa descripción de las criaturas marinas, y eso incluyó ciertos movimientos de “migración cartográfica”, así como un énfasis renovado respecto del uso que se podía hacer de estos seres. Lo anterior puede verse con esta narración de Thomas Gage:

Durante la primera semana casi no comimos otra cosa que tortugas, y como no las habíamos visto jamás, nos parecían monstruos de mar [...] Cuando las abrieron por primera vez, nos quedamos atónitos del gran número de huevos que crían, teniendo la que menos mil en su cuerpo. Nuestros españoles hacían excelente sopa de tortuga con varias especies. La carne de estos animales parece más bien ternera o gallina que pescado, y estando salada y colgada dos o tres días al aire sabe realmente a cecina.⁶⁰

A lo anterior además hay que aunar el hecho de que hacia fines del siglo XVII, en el marco de la teología natural, hombres de ciencia creyentes contemplaban el mundo exterior con una nueva mirada que lo concebía como la representación dada por Dios a sus criaturas

⁶⁰ Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, introd. y ed. de Elisa Ramírez Castañeda, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 76. Sobre este punto hay que retomar lo dicho por Van Duzer: hay que recordar que en el imaginario moderno monstruo no únicamente incluía seres fantásticos, sino criaturas con las que se tenía poco contacto, como podían ser los elefantes o los leones; de ahí que la tortuga pueda considerarse dentro de esta situación. Véase “Hic sunt dracones...”, p. 388.

en general. Esas ideas de forma gradual redujeron las miradas negativas que se tenían sobre el mar y sus habitantes. Así, el oleaje en lugar de ser considerado destructor pasó a ser pensado como algo útil que servía para limpiar las playas; la arena, en lugar de representar desolación, empezó a fungir como la muralla que protegía al mundo terrestre; y los vientos, en vez de remitir a la putrefacción, servían para refrescar las playas.⁶¹ Por tanto, es posible que esas ideas dieran nueva connotación a las criaturas marinas.

Ahora bien, los animales no sólo sirvieron como parámetro para imaginar y describir los seres maravillosos sino que también se dio el proceso inverso: los monstruos inspiraron a los *savants* en sus estudios sobre los animales. En efecto, el modo de pensar a los animales también supo asimilar algo de la tradición monstruosa: el célebre monje marino que desde 1550 aparecía en los mares de Noruega y era evocado por dichos *savants* que escribían sobre las ciencias naturales —tal como el mencionado Pierre Belon— fue recuperado por el naturalista Steenstrup, en 1856, para sugerir que el calamar gigante sería aquello mismo que anteriormente había sido designado y representado como tal pez. Más aún, la variedad del calamar que Steenstrup describió científicamente recibió el nombre de *Architeuthis monachus*.⁶²

Podría decirse entonces que tanto las experiencias navales y exploratorias como las nuevas ideas en torno a la naturaleza provocaron que en la segunda parte del siglo XVII los monstruos marinos desaparecieran de manera paulatina de la cartografía del Nuevo Mundo y que los océanos adyacentes estuvieran surcados por embarcaciones, mientras que las criaturas marinas pervivieran, aunque de forma menos monstruosas y en gran medida con fines estéticos. Podemos tomar como sintomático de la condensación de este intrincado proceso de mutación de las criaturas maravillosas el ensayo anónimo dedicado a las “maravillas en literatura” que aparece en la *Encyclopédie* de Denis Diderot y Jean D’Alembert: “Las ficciones y las alegorías que son parte del sistema maravilloso complacen a los lectores sólo porque ellas están dibujadas a partir de la naturaleza

⁶¹ Alain Corbin, *El territorio del vacío...*, p. 43-48.

⁶² Massimo Izzi, *Diccionario ilustrado de los monstruos. Ángeles, diablos, negros, dragones, sirenas y otras criaturas del imaginario*, ed. de José J. de Olañeta, Barcelona, 2000 (1989), p. 541.

misma, realizadas con verosimilitud y precisión, en suma, conformes a las ideas recibidas.”⁶³ Para entonces, los seres amenazantes —que formaban parte de la misma estética— fueron alojados casi exclusivamente en los mares. Probablemente también eso fuera resultado de otra acción estetizante, ya no relativa a los monstruos sino a los mapas: para compensar la tensión entre lleno —en los continentes— y vacío —en los océanos—. Y porque, sin duda, aquello que escapa a lo normal seguiría siendo extraño pero a la vez fascinante.

Comentarios finales

Las criaturas marinas que habitaron en la cartografía moderna han dado visibilidad a los seres fantásticos que proliferaban en la literatura del Cuatrocientos y del Quinientos. La pista de sus itinerarios también expresa modos de pensar las tierras lejanas y míticas. Sus transformaciones morfológicas se inscriben en matrices cognitivas más amplias: los esquemas interpretativos sirvieron para crear imágenes sensibles que expresaran los rasgos singulares, luego fueron útiles para rescatar las propiedades que permitirían encastrarlos en un sistema clasificatorio más amplio, y luego se emplearon para alojarlos en museos y gabinetes de curiosidades.

Aquí esbozamos un primer intento de hacer extensivo aquello que Jacques Le Goff demostrara con maestría: así como lo maravilloso formaba parte de lo cotidiano, también formó parte de lo científico, asumiendo una concepción amplia de ciencia, como un conjunto sistemático de prácticas orientadas a conocer y producir conocimiento sobre el mundo.⁶⁴ Los seres marinos encarnaron también el imaginario sobre el océano y, evidentemente, las experiencias transoceánicas de los europeos afectaron la imaginación monstruosa de su tiempo. Así, durante centurias el mar representó el seno del mal y el lugar de residencia de criaturas terroríficas. No obstante, cuando la necesidad y la curiosidad arrojaron a los europeos más allá de los mares costeros, el imaginario marino y las criaturas que allí habitaban tomaron formas comprensibles y comunicables. Si

⁶³ Citado en Lorraine Daston y Katherine Park, *Wonders and the Order...*, p. 212.

⁶⁴ Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Barcelona, Altaya, 1999, p. 241.

parece posible pensar que la lente de la ciencia permitió transformar la mirada sobre los seres maravillosos que habitaban los océanos, también podría sugerirse que la domesticación del miedo pudo haber intervenido en las formas que tomaban las criaturas. En cualquier caso, todavía queda mucho por explorar acerca de la necesidad que los hombres tienen de crear, modelar y domesticar seres monstruosos.